

La Bandera y las "Banderías"

Por Manuel LOPEZ PEREZ

La bandera de México es el símbolo de nuestra nacionalidad. Nació en Iguala y como institución, se asoció históricamente con la independencia política de México. Que el Plan de Iguala no haya contenido postulados auténticamente emancipadores, que la inspiración de dicha plataforma ideológica procediera de Fernando VII, que la haya suscrito Ituride con propósitos de traición a los canónigos de la Profesa y con ambiciones que se manifestaron después en el Imperio que nació con las bendiciones callejeras y cívidosas de Pío Marcha, es algo que nada tiene que ver con nuestra bandera en cuanto símbolo de la Patria. Nuestro pendón coronó a los soldados de Guerrero que desfilaron por las calles de México en 1821; ondeó el 5 de mayo de 1862, en Puebla, entre una humareda de los dispas-

ros "mecida por los alientos de la muerte y de la gloria", según la feliz expresión de Altamirano; ella condujo hacia la victoria, de sacrificio en sacrificio, a los ejércitos de Juárez y sus colores lucieron sobre el pecho del Benemérito, en las épicas jornadas contra el Imperio de Maximiliano; y el sagrado lábaro, en fin, se empapó con la sangre de Madero y de los bravos mexicanos que fueron al combate con fe inquebrantable en los destinos nacionales de México, cuyo suelo abonaeron con su cuerpo heroico los caídos, y posteriormente con su trabajo los que sobrevivieron a la lucha. Desde Guerrero hasta Carranza, desde 1821 hasta 1913, el guion patrio se ha perfeccionado como símbolo, ya que el signo inmortal de los esfuerzos progresistas, justicieros, generosos, que los mejores hijos de México han entregado a la Patria como ofrenda y como peana para enaltecerla cada vez más, incluyendo en la gesta el sacrificio de la energía de la vida, y en oblacon la ejemplaridad de la muerte. Oriéndades, viudeces, mutilaciones, miserias, sufrimientos, todo esto ha sido nuestro pueblo mexicano y sobre estas montañas de dolor se ha izado a bandera gloriosa, alabada en un culto con rito de gritos de combate, imprecaciones coléricas, clamoradas triunfales, redobles luctuosos, gemidos de moribundo, angustias de agonía y graves estertores que al cesar permiten que se pose sobre el rostro de los caídos, la serenidad majestuosa de la muerte, hallada con honrosa, con heroica valentía.

Y si todo esto puede leerse entre los pliegues de nuestra bandera, mucho más se descubre pasando la mirada del símbolo maternal en los episodios de su génesis, al altísimo contenido con que se decanta, si se contemplan las instituciones que como logro de las luchas que ornó gloriosamente con sus colores, forman el patrimonio cívico de México.

Por eso, por el exelso significado de nuestro lábaro, el señor Presidente de la República fomenta y estimula con su presencia e intervención, la jura de la bandera que anualmente hacen las juventudes mexicanas.

Por eso, también, urge que la política oficial —hay otra política, la que hacemos los ciudadanos como unidades sociológicas— entre en un período educativo de congruencia en relación con el culto del símbolo nacional que es la bandera. Se necesita que el ritual no sea sólo eso, sino que contenga fe y amor a nuestro lábaro. Las manos que empuñen el lienzo simbólico, deben ser cívicamente puras, patrióticamente santas vocacionalmente generosas, virtuosamente honradas. Que

mentir, cuando los invitamos a jurar lealtad, respeto y amor al lábaro de nuestras grandes tragedias y al mismo tiempo de nuestras gloriosas epopeyas. Para no incurrir en este pecado cívico, es que hemos hablado de congruencia, de conducta ante nuestra enseña, concordante con el amor que para ella predicamos. Las autoridades deben respetar la bandera, para que su ejemplo confirme la majestad del rito. Honrar a México con una conducta ejemplar, es honrar a nuestra bandera; honrar a la bandera con una conducta ejemplar, es honrar a México.

El señor Presidente López Mateos, portador de la bandera nacional, en sus recientes viajes por países hermanos, por países vecinos, elevó nuestro pendón inmaculadamente sobre otros cielos americanos, por la alteza de miras en los propósitos de sus períodos. Y los pueblos, ante la limpieza del hombre, ante las virtudes del Presidente, honraron el tricolor símbolo que llevaba en el pecho como Primer Mandatario de nuestro pueblo. Y porque esos pueblos y el propio señor Presidente conocen a quienes qui-

51
209

siga viviendo en México, y menos aún explotando a nuestro pueblo, escupiendo su baba inmunda sobre nuestras instituciones, —estructura jurídica que la bandera representa—; que ni pretorianos ni cortesanos maculen con su aliento el aire de la Patria, aire santificado por el pendón nacional cuando lo izamos embelleciendo más nuestro cielo, diáfragma como la conciencia de nuestros héroes; que ningún enemigo de la libertad y de la independencia de los pueblos, se cobije jamás, disimulando sus ideologías rojas o blancas, con la enseña tricolor.

Si no exigieramos esto, cometíramos una traición a México. Traición y fraude a los sacrificios de nuestros patriotas, reseñados como en un testamento, en las páginas de nuestra historia. Traición y fraude a la conciencia de los niños, ciudadanía potencial, a quienes mentiríamos y haríamos

*El Nacional
26 de febrero
de 1960*

La Bandera y las 'Banderías'

SIGUE DE LA PAGINA TRES

sieron con su bellaquería contrarrestar la actitud presidencial, patriótica y esforzada, al reclamar congruencia entre la idea del culto a la bandera y el culto mismo, el que se rinde con la conducta ejemplar, es que terminemos esta nota clamando porque

sean eliminados los enemigos las instituciones que nuestro herano pendón nacional similita tan gallardamente, conviéndose por la buena voluntad espléndentes ideales del Presidente López Mateos, en guión paz, de amor y de servicio, en las gloriosas insignias de las naciones de América.